

El termómetro de los antiguos

Doctor J. MOLINA NUÑEZ

MADRID.

EL termómetro a que me refiero es el contacto de la mano del médico con la frente del supuesto enfermo.

Como es sabido, la frente ha desempeñado un papel importante no sólo dentro de la Medicina, sino también en la psicología popular, en la religión, en la psicología científica, etc. Canciones populares nos presentan la frente como lugar de expresión de nuestras malas acciones («Con la mancha que llevo en la frente indico a la gente que soy pecadora.») Igualmente muchos neuróticos creen que le notan en la frente sus vicios ocultos. También el sacerdote marca la cruz de ceniza en la frente. Y el Evangelio dice: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente.» Para estimular los pensamientos, parece que FREUD utilizó el contacto mano-frente en los primeros momentos de sus trabajos psicológicos, cuando una paciente le proporcionó el descubrimiento de las asociaciones libres. De igual modo se ha utilizado para favorecer el sueño en las prácticas hipnóticas. La elección de la frente en todos estos casos podría ser debida a que es la parte de la cabeza más accesible y visible, siendo la cabeza el continente del cerebro, posible asiento del alma. Mas no es esta la cuestión que queremos desarrollar, sino el aspecto genuinamente médico.

Se ha hablado con ironía de los médicos antiguos, los cuales hacían enseñar la lengua a todos sus enfermos y valoraban la temperatura tocándoles la frente. Aun existiendo el termómetro y hasta llevándolo consigo no hacían uso de éste o lo empleaban para aquilatar una vez que la frente había ya demostrado la existencia de fuerte calentura.

En favor de la razón que asistía al mencionado proceder, quiero señalar algunos hechos, considerando la frente desde un doble ángulo: por su estructura (como parte de la piel que recubre nuestro organismo) y por su situación (como parte de la cabeza).

La temperatura de la piel depende, como es natural, del calor que recibe y del que pierde. A su vez, el calor que recibe es suministrado por diferentes focos de muy desigual importancia. El fundamental radica en la sangre (la corriente que circula en la unidad de tiempo). De importancia incomparablemente menor son las otras dos fuentes caloríferas: la que llega por los órganos que están debajo y la que se origina en la propia piel (por sus procesos metabólicos). Al mismo tiempo, la piel pierde calor, sobre todo por irradiación, en menor proporción por conducción y en mínima cantidad por evaporación (sudor).

Como hemos dicho, el foco calorífero primordial lo constituye la corriente sanguínea, y ésta es, indudablemente, función de los vasomotores. Se sabe, además, desde EBBECK (1917) que la cantidad de sangre que se encuentra en un sector de la piel está determinada por los capilares, mientras que se debe al calibre de las arteriolas la fuerza de la co-

rriente. Este último elemento es el que más nos interesa, ya que la temperatura está en función de la intensidad de la corriente—así como la cantidad (de sangre) proporciona el color. Teniendo en cuenta que, como han demostrado muchos autores (entre ellos HESS), la motórica de los capilares y la de las arteriolas son completamente independientes entre sí, resulta que «el termómetro humano»—la mano sobre la frente—marca la función de las arteriolas (así como el color nos habla de los capilares).

Al mismo tiempo, y como hemos apuntado, la frente reúne, por su situación, condiciones especiales; por ejemplo, su temperatura se modifica poco por influencias exteriores y es también la más alta (PFLEIDERER-BÜTTNER). Varios autores han confirmado la opinión de KRETSCHMER de que los vasos de la piel de la cabeza se comportan de manera similar a los de las meninges.

Si todos estos hechos son ciertos, como parece, la temperatura de la frente—y el estado vascular de la cara—adquieren gran significación clínica. Al menos en tres grupos de enfermedades nos puede proporcionar valiosa ayuda: cefalalgias, arteriosclerosis cerebral en sus comienzos y traumatizados cerebrales.

Justamente por su valor, se ha buscado un perfeccionamiento técnico. Actualmente, PLOEGER realiza la medida de temperatura en la frente con un termómetro de contacto, según el «principio termoelectrico». Con ello la clínica de Tubinga amplía y precisa un sencillo método, cuya utilidad fue señalada por KRETSCHMER en 1932 para detectar «la debilidad de los vasos cerebrales». Este autor observa detenidamente el color de la piel de la cabeza y sus variaciones, así como su distribución, mediante la flexión y estando el sujeto en pie. PLOEGER, de la misma clínica, se ha ocupado de plasmar de una manera objetiva los datos muy valiosos, pero que estaban abandonados a la subjetividad del explorador. Obtiene así curvas que difieren esencialmente en los sujetos de experimentación sanos y en los pacientes con «debilidad vascular cerebral». En los primeros la gráfica está representada por una curva homogénea: aumento armónico de la temperatura de la piel con ligero recodo de convexidad hacia arriba. Los enfermos, en cambio, presentan un ascenso más puntiagudo de la temperatura durante la flexión que durante la posición erecta. Según la intensidad del ascenso y el tiempo de flexión y de posición erecta distingue varias clases de curvas. Estas gráficas positivas se obtienen en los enfermos en un 81 por 100 de los casos.

Como conclusión práctica de los estudios realizados con este sencillo método, la debilidad vascular cerebral consiste en una tendencia anormal de los vasos de la cabeza a la dilatación y relajación, así como una falta de pronta reacción ante las exigencias.

Literatura, a disposición de quien le interese.